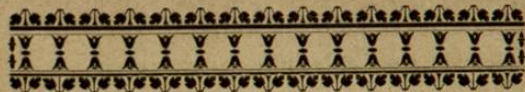


Una mula tirando una carreta.  
—Tarde vienes, le dijo al carretero,  
¿Traes carga?  
—Si señor es un cadáver  
Y de San Juan de Dios  
—¿No tiene nombre?  
—Se llamó Concepción, dijo al muertero.



HERMINIA LA CRISTIANA.

(ORIENTAL.)

I

EL SULTÁN.

**S**OBRE otomana de mullida pluma  
Por más de cien esclavas construída,  
Blanca como del mar la leve espuma,  
De tulipanes de oro circuída,  
Entre el vapor de la caliente bruma  
Que está arrojando goma encandecida,  
Luenga la barba y sin pesar la frente  
Reposaba el sultán indiferente.

Fija la vista allá de la techumbre  
En el encaje y filigrana leve,  
Cerca de sí la amortiguada lumbre



Dó el humo azul en espiral se mueve,  
De sus bellos ensueños en la cumbre  
Ni aún la pestaña sobre el ojo mueve,  
Y cruzan en su ardiente fantasía  
Bellísimas visiones á porfía.

Bello es el mundo, piensa, van mis días  
En la muelle pereza discurrendo;  
No turban mi placer penas impías  
Y voy la dicha por doquier bebiendo;  
Sucédense los goces y alegrías  
Entre el amor, y al ir languideciendo  
Tisbe ó Zoraida ó Marta la cristiana,  
Las fuentes son donde el placer emana.

Ah, Tisbe! sí, tan linda y tan gallarda,  
En el danzar cual sífide, en el lecho  
Cual marmórea escultura que me aguarda  
Laxos los brazos, sosegado el pecho,  
Donde procuro que mi afecto arda  
Como el almizcle en el calor desecho,  
Donde está un corazón tan solo mío  
Que se enciende ó se apaga á mi albedrío.

La pálida Zoraida que en el canto  
Vierte tan triste apasionado acento,

Tan inefable, misterioso encanto  
Como del Fenix el postrer lamento...  
¡Cuánto á mis ojos es hermosa, y cuánto  
Por ella amor dentro del pecho siento!  
Cuando tañe la guzla sonora  
Jamás acaba su canción la hermosa....

Marta me abate con su aspecto frío,  
Con su altivo ademán y su mirada,  
Y á veces con su estólido desvío;  
Si me habla de la Cruz se pone airada....  
¡Ah, por vida de Alah! y el culto mío  
Maldijo ya resuelta y despiadada....  
¡Oh, no vale su Cruz y su fortuna  
Un prisma de mi cara media luna.

Y aquí llegando el raudo pensamiento  
Del sultán, de la pipa de oro puro  
La culebra soltó, ceño violento  
Su semblante tornó severo y duro,  
Y se incorpora incómodo en su asiento;  
Su mente exalta aquel recuerdo oscuro,  
É hiriendo con un cabo timbre hueco  
Resonó en el harém sonoro eco.

Veinte esclavos se aprestan cuidadosos;



Los eunucos estúpidos asoman  
 Y se postran dos moros respetuosos  
 Que aquel servicio los primeros toman;  
 Y en besando el tapiz, se alzan medrosos,  
 Pues las miradas del sultán los doman.  
 Hizo altiva señal y en el momento  
 Quedó solo otra vez el aposento.

Bien comprendida fué sin duda alguna  
 La orden muda, cuanto recta y clara,  
 Que es sólo de sultanes la fortuna  
 De contemplar esa obediencia rara;  
 Porque en el regio harém orden ninguna  
 Cumplir por negligencia se olvidara;  
 Todos alhagan sus deseos prolijos,  
 Teniendo en el sultán los ojos fijos.

## II.

## EL SUEÑO.

Resonó de nuevo el timbre,  
 Corrióse roja cortina  
 Y ligera como ondina  
 Una mora apareció.

Trae una jarra de plata  
 Y un vaso exquisito y raro  
 Que mira el sultán avaro  
 De inefable conmoción.

Apura con mano trémula  
 Aquel licor regalado,  
 Y de nuevo recostado  
 Quedó sobre el almohadón.  
 A poco música tenue,  
 Tierna, lánguida, suave,  
 Como de lejana ave  
 El confuso gorgear,

Lanzando sus ecos flébiles  
 Que llenan el aire vano,  
 Un deliquio soberano  
 Se apoderó del sultán.  
 Es una música lenta,  
 Pero muy más dulce y grata  
 Que del arroyo de plata  
 El murmullo musical.  
 Más armoniosa y sublime  
 Que los himnos de la tarde



Cuando en occidente arde  
Del universo el fanal.

Música de encantos llena,  
De dulcísimos sonidos,  
Que al hablar á los sentidos  
Enajena el corazón.  
Y son más tenues sus ecos  
A veces que el ruido leve  
Con que en las flores se mueve  
La mariposa veloz.

Música que trae sosiego  
Y blanda paz para el alma,  
Serena como la calma  
De peregrina ilusión;  
Es el timbre de sus notas  
Armónico y argentino,  
Es un cántico divino  
Cada nueva entonación.

Así el sultán reclinado  
Sintiendo cesar sus penas,  
Iba corriendo en sus venas  
Grato bálsamo letal.

Inclinaba ya la frente,  
Con el párpado caído  
Y extraño y nuevo ruido  
Lo hizo al punto despertar.

Tras las regias colgaduras  
Saliendo van con empeño,  
Como visiones del sueño,  
Las mujeres del sultán.  
Unas con bandas azules  
De crespón leve y flotante,  
En bello grupo insinuante  
Comenzaron á danzar.

Otras tañendo laúdes  
Sobre el tapiz se asentaban  
Y cántigas entonaban  
De armonía sin igual.  
Poco á poco fué creciendo  
La entonación de los cantos,  
Y ya con nuevos encantos  
Vierten magia celestial.

Antes leve, tenue, escaso,  
Fué del canto el son divino;  
Ahora cual torbellino



De concentos mil y mil,  
Llena el anchuroso espacio  
Como torrente fecundo,  
Como llena el Sol al mundo  
Del uno al otro confín.

Y aquel canto  
Tan divino  
Y argentino  
No cesó.  
Y las moras  
Cariñosas  
Contempló.

Vuelve el rostro  
Lentamente  
Y la frente  
Levantó:  
Halló á todas  
A sus plantas  
¡Ay! á cuantas  
Él perdió.

Siente el moro  
Las delicias,

Las caricias  
Del amor,  
Tiende en torno  
Larga mano,  
Siente ufano  
Conmoción

Honda y dulce  
Y embeleso,  
Siente un beso  
Y otros mil,  
Y las moras  
Agrupadas  
Rodeadas  
Ven allí.

Que si aspiran  
Los olores  
De las flores  
Del harem,  
Dan en cambio  
Si no el pecho  
Con despecho  
Vil placer.



Todas ellas  
 Son alhajas  
 De las cajas  
 Del sultán:  
 Ya se apartan,  
 Ya se alejan,  
 Ya lo dejan  
 Dormitar.

La música cesó, cesó el aroma  
 Que exhalaba el dorado pebetero.  
 La atmósfera pesada lento aspira  
 El sultán indolente, que suspira  
 En medio de su sueño placentero.

## III.

## LA CAUTIVA.

Apenas el Sol asoma  
 Detrás de los pardos montes,  
 Los esclavos presurosos  
 Al servicio atentos corren:  
 Al través de los cristales  
 De ojiva ventana ponen

Los ojos por divisar  
 La prenda que allí se esconde.  
 Es una nueva cautiva  
 Que por los alrededores  
 De aquellos campos desiertos  
 Hicieron á media noche  
 Del indolente sultán  
 Los vándalos servidores;  
 Es una bella cristiana  
 Que Herminia tiene por nombre,  
 Y que al lado de su amante  
 La sorprendieron entonces,  
 Y por distraer del Sultán  
 El fastidio que le acoje,  
 Van á ofrecerla á sus plantas  
 Aquellos siervos innobles,  
 A quienes nunca intimidan,  
 Ni enternecen, ni corroen  
 Su frío corazón de mármol  
 Ni súplicas ni dolores;  
 Que avezados al pillaje  
 Y por acrecer los goces  
 Del que les da infame pan,  
 Que en medio á la infamia comen,



Roban las castas doncellas  
Y en el suplicio las ponen;  
Que sólo así de su dueño  
Pueden aumentar los goces.

Es Herminia una española  
Que ostenta antiguos blasones  
De la más pura nobleza  
De marqueses y de condes,  
Y además en la virtud  
Pasó sus días mejores,  
Adornada su alma pura  
Con mil exquisitos dones  
Que coronaron ha tiempo  
Del amor los resplandores;  
Pero de un amor tan puro,  
Que tan sólo en las regiones  
Celestiales se hallaría  
Afecto más puro y noble.  
Ama á Ricardo, doncel  
De gran saber y gran nombre,  
Pero que espatriado busca  
El solaz y distracciones  
En las más lejanas tierras,  
En las ciudades mejores,

Ó á veces en soledad  
Caminando por los montes  
Llena el alma de la luz  
De sus férvidos amores;  
Que Herminia es su adoración,  
El Edén donde se esconde  
Toda su felicidad,  
Su vida, su fé, su nombre,  
Sus más queridas creencias  
Con que en la niñez crióse,  
Y tal vez hasta la santa  
Religión de sus mayores.

## IV.

## EL PRESENTE.

Ya está delante del sultán Herminia:  
Los esclavos ufanos de su presa  
A su señor con tono reverente  
Hicieron de una virgen el presente.  
A una señal despejan  
Y á la tierna paloma y al milano  
Solos en el diván al punto dejan.  
Y así el sultán de nuevo amor ansioso  
Dijo á Herminia con tono melodioso:



—Ven y siéntate, cristiana,  
Sobre este cojín de oro,  
Voy á contarte del moro  
La delicia soberana;

No tiembles cuitada, no,  
Que nadie tiembla á mis piés,  
Que nunca fué descortés  
Quien de cortés se preció.

Ven, cristiana, tengo el alma  
Desde el punto en que te viera  
Inundada toda entera  
De amor, me robas la calma.

¿Y cómo no, si tus ojos  
Son dos luceros radiantes  
Y tus labios insinuantes  
Como la granada rojos?

Si son tus manos de armiño,  
Si es tersa y linda tu frente,  
Si es tu mirar elocuente,  
Y tus piés de tierno niño.

Si es de abeja tu cintura  
Y es tu talle cual la palma;

¿Cómo es posible que el alma  
No te adore con ternura?

En verdad comprendo bien  
Que entre todas mis huries,  
Si por fin de amor sonríes,  
Serás reina del harém.

No temas nunca, cristiana,  
El cambio de tu fortuna,  
Que bajo la media luna  
Será hermosa tu mañana.

Aquí del amante moro  
Tendrás siempre á manos llenas,  
Para consolar tus penas,  
El espléndido tesoro.

Pues si tu pesar se ahonda  
Por tus ya perdidos bienes,  
Pondré corona en tus sienes  
De diamantes de Golconda.

Y el pecho que amor me inspira  
Porque tu amor me reveles,  
Te daré porque lo veles  
Cien chales de Cachemira.



Que yo enmedio de mi amor  
Tantos deleites acopio,  
Que me aduermo con el ópio  
De Tebaida embriagador.

¡Si vieras, cristiana linda,  
Qué dulces son mis beleños,  
Y cómo acarréan sueños  
Con que el deleite nos brinda!

Ah! tú tomarás también  
Mi narcóticopreciado,  
Perfumaré tu tocado  
Con almizcle de Kotén.

Y porque más te consueles  
Si crees espinas pisar,  
De hoy más cristiana has de hollar,  
Del Tíbet, preciadas pieles:

Y si el fastidio te enerva,  
Mil peces originales,  
Verás nadar en cristales,  
Que sólo Arabia conserva;

Tendrás en este recinto

Para tu gusto halagar  
Las producciones del mar,  
Y las frutas de Corinto;

Y si se apagan tus bríos  
Con el calor estival,  
En un estanque real  
Tomarás los baños fríos.

Que es muy dulce y muy sabroso  
Entre olas rebullir,  
Y luego de allí salir  
A mi retrete aromoso.

Ven, pues, cristiana, á mi lado  
Porque mientras más te veo,  
Más aumentas mi deseo,  
Estoy más enamorado.

¿Qué dices, cristiana mía?  
No así mi pesar ahondes,  
¡Ah por qué no me respondes?  
¡Apiádetes mi agonía!

Y esto diciendo levantó la mano  
Y la mano de Herminia tomó ansioso;



Mas ella con orgullo soberano  
Así exclamó con tono magestuoso:

«En vano ¡oh moro cínico! me invitas  
Á placeres que embriagan los sentidos,  
Que nunca de indolentes sibaritas  
La pereza anhelé, ni esos mentidos  
Y pasajeros, cuanto impuros goces,  
Que os tienen en la inercia embrutecidos!  
Yo amo la luz del esplendente día  
Y odio tu harém oscuro y vaporoso;  
La religión que adoras no es la mía,  
Yo rindo ante la cruz culto piadoso  
Y de Cristo á las máximas sublimes  
Tributo mi homenaje,  
Y si en el alma amor sentí algún día  
Allí grabado está mientras aliente,  
Sin ese puro amor que el pecho siente  
Aún en tu mismo Edén me moriría!  
No pretendas, cruel, que yo te adore:  
Dame la libertad si tanto me amas,  
Ó si hay en tu alma de nobleza un punto  
Tu deleite no compres con mis penas,  
Y ya que tanto sinsabor derramas

Con tu súplica atroz, alcanza al menos  
Mi gratitud rompiendo mis cadenas.»  
Dijo, y corriendo el rojo cortinaje  
Dejó al moro transido de coraje.

## V.

## CATÁSTROFE.

El harém aquella noche  
Fué un confuso laberinto;  
Por todas partes los siervos  
Van y vienen con ahinco;  
Algo pasa extraordinario,  
Pues de alarma los indicios  
Por donde quiera denotan  
Grave y penoso conflicto.  
Crujen los duros cerrojos,  
Se oye de voces bullicio,  
Y de impacientes caballos  
Los compasados relinchos.  
De las armas se oye el choque,  
Todos van y vienen listos,  
Hasta que las altas torres  
Ilumina el tenue viso



De la sonrosada aurora  
 Que aguardaban con ahinco.  
 Está el sultán reclinado  
 Y parece pensativo,  
 Y junto al diván se mira  
 En un cojín amarillo  
 Una cajuela cerrada  
 Que encierra algún exquisito  
 Ypreciado objeto, pues  
 El sultán aún distraído  
 No le quita las miradas,  
 Y ríe con regocijo;  
 Y así pasó muchas horas  
 Meditando de contino,  
 Hasta que pidió un eunuco  
 De introducirse permiso.  
 «¡Traedla!» dijo el sultán,  
 Y apenas va transcurrido  
 Un instante, Herminia bella  
 Apareció en aquel sitio.

Acércate, Herminia, mi bella cristiana,  
 Y Alah te haya dado más cándida paz.  
 Mirarte pretendo tranquila y ufana,  
 Sentir mis caricias, dar fuerza á mi afán.

En vano tus ansias, en vano tus quejas,  
 En vano ese llanto de amarga aflicción;  
 Estás bien guardada, son fuertes las rejas,  
 Y tienen mis gentes sobrado valor.

¿Qué quieres, acaso vagar por los prados  
 Al rayo enojoso del fúlgido Sol?  
 No ves que tu cuello, tus hombros nevados  
 Perdieran su níveo divino color?

Aquí tienes techos de ebúrneas labores  
 Tapiz aquí tienes de Persia á tus piés,  
 Y baños de mármol y lechos de flores,  
 Y en áureos jarrones aromas do quier.

Aquí tienes muchas esclavas atentas  
 Pendientes del eco, mi bien, de tu voz;  
 Si ríes, ellas gozan; si pena alimentas  
 Consuelos prolijos te ofrece su amor.

¿Qué tienes? reposa, cristiana; las horas  
 Cual humo ligero veloz pasarán,  
 Cual pasan al viento las aves canoras  
 De amores gozosas sin pena ni afán.

¿Qué tienes, cristiana? ¿por qué tan es-  
 [quiva



Ingrata, así pagas mi férvido amor,  
Acaso la angustia de triste cautiva  
De amor infinito la luz no borró?

No llores; me duele tu pena y tu llanto,  
Enjuga esas perlas que líquidas van  
Surcando tu rostro; mitiga el quebranto,  
Y entrégate en brazos del rico sultán.

¡Qué hermoso es tu talle! sin duda al es-  
[pejo  
No has visto tu espléndido soberbio capuz,  
Ni cómo la grana le presta un reflejo  
Al pálido rostro bañado de luz.

Sin duda que el necio mezquino cristiano  
Tu rara belleza jamás comprendió,  
Tus dientes ebúrneos, tu talle galano,  
Tus ojos más bellos que el fúlgido Sol.

Acércate, Herminia; mi pecho te adora,  
De hoy más, si me amas, conquistas tu bien;  
Te he dicho, y te juro, serás la señora,  
La reina dichosa del mágico harém.

Responde, ¿me amas? ¡te adoro, mi en-  
[canto

Ya siento en mis venas el fuego correr,  
Responde, te ruego, respóndeme, ¡ay cuanto  
Tu encono ha aumentado mi cruel padecer!

Responde! á tus plantas Herminia! te  
[adoro!  
¿No ves en mis ojos de amor el volcán?  
¿No ves que rendido derramo mi lloro?  
¿No ablanda tu pecho mi bárbaro afán?

Responde...! impasible me escuchas, cris-  
[tiana,  
No excites mi encono, si quieres vivir...  
¿Me amas?—¡Te odio!—con voz soberana  
Responde resuelta la bella infeliz.

—¡Lo quieres! el moro contesta sereno;  
Mas crispa los puños debajo el capuz,  
Y crujen sus dientes, se agita su seno,  
Al paso que ríe mostrando quietud.

Pero es la ira ciega, la hiel es la saña  
Del réprobo, el llanto que roe el corazón,  
Lo que él simulando sonrisas entraña  
Rasgándole el alma con sordo furor.



Contempla esa prenda, la dice; la guardo  
cual guardó en el alma tu púdico amor...!  
Abrió ella la caja, y al verla... ¡Ricardo!  
Frenética y loca, ¡Ricardo! exclamó.

¡Su cabeza! gritó.—Sus bellos ojos  
Giraron en sus órbitas violentos,  
Erizóse su lengua cabellera  
Al contemplar de su adorado amante  
Los despojos sangrientos...

—¡Hiena! dijo, jamás tu mano aleve  
Mi frente tocará, soy suya! Impídemme  
Que me una á él! ¡Oh mónstruo abominable!  
Luego, lijera, cual serpiente airada,  
Con el corvo puñal del moro atónito,  
Hirióse con furor y cayó al punto  
Sobre el muelle tapiz ensangrentada.



## MARÍA DE LOS ÁNGELES.

LEYENDA.

I.

LA CITA.

**E**NTRE dorados reflejos  
Y celajes de colores  
Que forman vistosos grupos  
Sobre la cima del monte,  
Declina el ardiente Sol  
Y ya en ocaso se pone,  
Cuando sube en occidente  
Masa gigantesca, informe,  
De pardas nubes que giran  
Trepando al zénit veloces,  
Y en cuyos senos se encienden